

pero falto de noticias sobre el corpus que publica de tan desorientada y desorientadora manera.

Ignacio ARELLANO  
Universidad de Navarra-GRISO

**Rey, Alfonso, *Lectura del «Buscón»*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Colección Fastigia, 2014, 153 pp. (ISBN: 978-84-8448-779-1)**

En estos tiempos de estridencias críticas, en que se aprecia más el relumbrón, so capa de lenguaje esotérico de algún *ismo* novedoso, un libro como *Lectura del «Buscón»* supone un soplo de aire fresco y una lección de filología para las nuevas generaciones. El profesor Alfonso Rey, de la Universidad de Santiago de Compostela, es uno de los máximos especialistas en la obra de Francisco de Quevedo, por lo cual puede ofrecer una lectura equilibrada, con un conocimiento integral de la obra del autor del *Buscón* y un manejo documental privilegiado. Por todo esto, las páginas de este libro, sumamente rico en su brevedad, rezuman sabiduría, mesura y pasión por su objeto de estudio. *Lectura del «Buscón»* toma como punto de partida para el análisis tres de los aspectos más discutidos (pero no por ello mejor conocidos) en torno a la novela: su transmisión textual, su datación y su sentido dentro de la obra quevediana. Esos son los hilos por los que se saca el ovillo del *Buscón*.

Quizás el primer requisito para estudiar el *Buscón*, y lo dicho se puede aplicar a cualquier obra del Siglo de Oro, es situarlo adecuadamente en su contexto literario. Para ello es imprescindible despejar dudas, o al menos no asumir hipótesis erróneas o apriorísticas, acerca de las fechas de composición. Durante algunas décadas se debatió mucho en torno a las fechas probables de esta novela y resultaba atractivo, para fines hermenéuticos, adelantar su datación, en armonía con la idea de que se trataba de una obra salida del espíritu irreverente y juvenil de su autor; así, se llegó a barajar como fecha más temprana verosímil, el año de 1604. Más convincente ahora resulta asumir la idea que defiende Rey, sustentada por el estudio ecdótico de las cuatro testimonios conocidos (tres manuscritos y el impreso zaragozano de 1626), según la cual el *Buscón* posee cuatro versiones, que reflejan una evolución en las preferencias de su autor, pero que mantienen, en general, el estilo, la estructura y el mensaje de la obra en su esencia. Nos encontraríamos, por ende, ante un caso similar al de *Los sueños*, cuyas versiones, tanto manuscritas como impresas, representan estados de composición inherentes al momento en que se producen. Esta convicción refrenda la vigente tendencia editorial de editar el considerado como el mejor testimonio, el famoso manuscrito Bueno, una de cuyas singularidades

más destacadas es quizás la de su receptor («yo, señora»). Como se sabe, esta tendencia se remonta a finales de la década de 1980, aunque cuenta con el valioso antecedente de lo hecho por Fernando Lázaro Carreter, quien publicó el manuscrito Bueno a pie de página en su edición crítica de 1965.

Vinculado al problema de la datación de la obra, venía el de su ideología, ya que era presumible que un joven Quevedo (queriendo quedar bien con los grupos conservadores que detentaban el poder) se inclinase por mostrarse, a la que vez que irreverente, fiel al *statu quo*. De allí que exista toda una vertiente de lecturas de la novela como una defensa de la aristocracia. A esta perspectiva opone Rey, en primer lugar, la compleja situación textual del *Buscón*, por la cual no puede privilegiarse necesariamente la más temprana versión y por ende se desbarata el argumento de la obra juvenil y servil. Además, según lo revela su análisis de los personajes nobles de la obra, ¿de qué aristócratas, dado del caso, se habla realmente en la novela? Nos hallamos ante figuras de la nobleza media (ninguno es un gran señor) cuyos vicios deslucen notablemente su supuesta alcurnia. En el mundo del *Buscón* todos los personajes son unos embaucadores o podrían serlo, a raíz de la atmósfera degradada en la que se desliza su protagonista y las conductas de las que somos testigos. En última instancia, según lo demuestra Rey, una revisión del resto de la obra de Quevedo puede arrojar un concepto de honra bastante más profundo que aquel que la vinculaba simplemente con la limpieza de sangre (tema que recorre este libro y toda la progenie picaresca): una honra entendida como virtud, totalmente ausente en el *Buscón*, pero que resulta una constante en la reflexión de Quevedo a lo largo de sus escritos.

Más oportuno, según propone Rey, resulta estudiar la novela en cuestión como parte del género jocoserio, es decir un tipo de texto que, apelando a la cobertura burlesca, transmite un mensaje serio, tal como *Don Quijote de la Mancha* o el mismo *Guzmán de Alfarache* (textos ambos aludidos en uno de los paratextos de la edición de 1626). Naturalmente, se trata de un mensaje moral cuyos alcances todavía queda pendiente desentrañar, pero que dentro de las coordenadas de lectura que establece el autor de esta monografía, pueden empezar a trabajarse con fundamentos sólidos. Apoyado en un conocimiento completo de la tradición textual, *Lectura del «Buscón»*, capítulo a capítulo, va desmontando muchas ideas anquilosadas de la crítica que a fuerza de repetirse se han vuelto dogmas, como la vocación aristocrática plasmada en la novela o la condición casi bastarda de su testimonio impreso, de la que no hay mayor evidencia: cierto, Quevedo no afirmó su paternidad cuando tuvo la ocasión de hacerlo, pero tampoco la negó explícitamente.

Otro de los aciertos de este trabajo es poner la lápida sobre el debate, que se remonta a la década de 1960, entre quienes encontraban en el *Buscón* una profunda reflexión filosófico-moral (con Alexander Parker a la cabeza y con él buena parte de la crítica anglosajona) y los

que solo pretendían estudiarlo como exhibición de ingenio verbal (con Lázaro Carreter y un puñado importante de críticos del ámbito hispánico). Dar por zanjada la disputa supone, igualmente, dejar de juzgar la novela desde el paradigma formalista autobiográfico que condicionó su valoración dentro del canon del género picaresco (una construcción crítica decimonónica, como gustaba recordar Peter Dunn), así como leerlo sin descuidar su lugar dentro la obra conjunta de su autor, tan prolífico y vasto en practicar géneros textuales que Jorge Luis Borges lo consideraba, con razón, toda una literatura.

Tras todo lo apuntado hasta aquí, queda evidente que *Lectura del «Buscón»* nos provee de materiales e ideas imprescindibles en cualquier nuevo asedio crítico al texto quevediano. Esperamos que las ideas desarrolladas por Rey se plasmen en nuevas propuestas de interpretación de la novela de Quevedo con el sólido respaldo filológico que su estudio nos brinda. Su trabajo se cierra con una bibliografía esencial sobre el *Buscón*, con un énfasis particular en lo producido en los últimos cincuenta años. Se trata del décimo volumen de la joven colección «Fastiginia» de la Universidad de Valladolid, en la cual vienen apareciendo monografías, como la reseñada aquí, que serán esenciales para los estudios áureos en los años venideros.

Fernando RODRÍGUEZ-MANSILLA  
Hobart and William Smith Colleges (Geneva, New York)